LA PEQUEÑA OLYMPIA LLEGA AL PARAISO

Para Beita

CAPÍTULO UNO

Un buen día, la pequeña Olympia, de milagro, llega a la Dehesa San Francisco. La pequeña Olympia se alegra muchísimo. Desde hoy, la vida es colorida y los aromas son una maravilla. Ya es hora para explorar el nuevo ambiente. Una buena, preciosa mañana, después de que amaneciera el sol, Olympia inicia su pequeña excursión, su viaje de exploración. Lo primero con lo que se encuentra es una cierva. “Me llamo Bambi“, dice la cierva, “y tú, ¿quién eres?“ “Soy Olympia y jamás en mi vida he visto nada como tu.“ “Hace ya mucho que vivo aquí“, responde Bambi, “es un lugar lleno de amor y belleza.“ “Date una vuelta y tú misma lo irás descubriendo.“ “Bien”, dice la pequeña Olympia, “entonces voy a seguir mi ruta.“

Olympia está alegre y anda por los prados, la hierba verde y no puede esperar a hacer su siguiente descubrimiento. De repente, aparece algo grande y gris delante de ella. Antes de poder ordenar sus pensamientos, el gran ser gris dice: “Hola, mi nombre es Heidi y tú, ¿quién eres?“ “Olympia“, dice la pequeña tímida y con mucho cuidado ya que estaba un poquito sorprendida del saludo tan espontáneo. Al dar se cuenta Heidi que la pequeña Olympia le seguía mirando con asombro, dice: “ Qué estás mirando tan asombrada? ¿Nunca antes has visto un burro?“ “Creo que sí“, dice Olympia, “pero tenía otro aspecto que tu. El burro que yo he conocido era marrón.“ “Ah“, dice Heidi, “entonces ya habrás llegado a conocer a Rita y Cleopatra.” “No”, dice Olympia, “pero de donde vengo vi a un burro y se llamaba Atenea y este burro era marrón.” “Ahora entiendo porque nunca te he visto aquí antes. ¡Tú eres nueva aquí!“ “Si“, dice Olympia, “recién llegada ayer. Vivo en esa casilla blanca. Allí viven también Tara y Lucero.“ “¡Estupendo!“, dice Heidi, “entonces tienes a dos amigos que se conocen muy bien este terreno y te pueden enseñar todas las maravillas aquí.”

“No“, dice Olympia, “en realidad tengo ya cuatro amigos, porque Bibi y Tina también están allí.“ “Cuatro amigos, ¡vaya!, no los tiene cualquiera“, dice Heidi. “Pero tu sigue mirando y fijándote. Todavía hay tantísimas cosas por descubrir para ti.“ “Bueno“, dice Olympia “¿me das permiso para que vuelva a visitarte?” “Claro, como no”, “tus amigos vienen todas las mañanas a darnos los buenos días y por la noche vienen a desearnos una buena noche. Nos hace mucha ilusión y, por supuesto, nos hará ilusión cuando tu vengas con ellos a partir de ahora.“ “Eso lo hago encantada“, grita Olympia con furor y se va corriendo.

Ella se siente tan alegre y todo el mundo es tan cariñoso. Eso, de donde ella viene, era totalmente distinto. Pero el ahora es el ahora y en el ahora todo es colorido. Flores preciosas con maravillosos aromas. Y luego los árboles que, con su sombra, te preparan un perfecto descansadero y tantos pájaros distintos: pequeños, grandes, aquellos que vuelan bajo, otros que vuelan muy alto, en el cielo azul. Olympia se imagina que aquellos que vuelan alto podrán descansar en alguna de esas nubes, suaves como el algodón. Olympia estaba sepultada en sus pensamientos observando los pájaros cuando, de repente, la tierra empezó a vibrar, el sol desapareció y todo se volvió blanco. Una voz tierna, energética y muy cariñosa dice: “Bienvenida Olympia, ¡qué bien que tu camino te haya llevado aquí, con nosotros. Todos nosotros nos alegramos mucho y te hemos estado esperando.” Olympia, muy tranquila, percibe la serenidad y fuerza que le está rodeando y, finalmente, mira hacia arriba, de donde venía la voz.
”Con tu permiso, me presento: mi nombre es Leioo...

... y ellos son mis amigos Mosquita, Blanco, Colorado, Max e Idéntica.“ Doce ojos con una ternura indescriptible están dirigidos hacia la pequeña Olympia. Ella, de manera visible, se siente bien y disfruta del ambiente pacífico. “Pero, ¿cómo sabíais que yo iba a venir?“, pregunta Olympia. “Las golondrinas nos han contado que te vieron con Bambi.” “Ah”, dice la pequeña Olympia sorprendida. Cada vez de nuevo le abruma tanta amabilidad. „Aquí, todo el mundo es tan amable. ¿Por qué será?“ “Espera y verás, cuando estés aquí más tiempo lo entenderás y lo vivirás.”

Olympia, cansada de tantas impresiones y amistades nuevas, cuando justo en ese momento aparecen Tara y Lucero para llevarla a casa. “Es hora para irse a dormir, pequeña Olympia. Mañana será otro día y seguirás descubriendo el mundo. Había tantísimas cosas que quería contar, pero nada más llegar a la Casilla Blanca, se le cierran los ojos solitos y se queda profundamente dormida, la pequeña Olympia.

CAPÍTULO DOS

La mañana siguiente, cuando la pequeña Olympia se ha despertado de su profundo dormir y los sueños se han retirado, ella se sienta en la terraza y su mirada se pierde en la amplitud del paisaje. Delante de ella hay muchos árboles y flores preciosas. De repente, oye una voz que dice “¡Qué madrugadora eres? ¿Qué haces tan temprano aquí?“ “Estoy contemplando las flores“, dice Olympia con una mirada escudriñadora porque aún no ha podido averiguar quién es el propietario de la voz que estaba escuchando. Pero, de pronto, oye un crujido...

... y delante de ella aparece un perro blanco bellísimo y grande moviendo el rabo como loco. A Olympia le hace gracia, se ríe y dice “¿Qué haces tú aquí tan temprano?” ”Yo soy quien cuida de las ovejas y me llamo Copito. Yo y mi amigo Andi somos los guardianes de las ovejas y las cabras.” “Oh“, dice Olympia “entonces no tienes casa donde vivir?“ “Je, je, je“, se ríe Copito y dice “una casa, ¿para qué? Vivo con las hadas y los elfos bajo la custodia de los árboles y las piedras me cuentan cuentos.” ”¡Qué emocionante!“, dice la pequeña Olympia. “Yo no conozco a ninguna hada y ningún elfo y tampoco he escuchado a ningún cuento de una piedra.” “¡Qué!“, grita Copito escandalizado “no puede ser. ¿De dónde eres?“ “De donde yo vengo, todo era gris y aburrido y aquí, todo es colorido y emocionante.” ”Si tu quieres, pequeña Olympia, te llevo conmigo con las ovejas y las cabras, a que conozcas a las hadas y a los elfos y le preguntamos a mi amigo, la piedra, si te quiere contar un cuento. ¿Te apetece?“ “Síííííí, por favor. ¿Podemos irnos ya mismo?” ”Pues claro”, dice Copito, “venga, ¡vámonos!”

El gran Copito y la pequeña Olympia emprenden su vereda hacia el Bosque de Hadas. En el camino, se encuentran con Andi. Copito presenta a los dos y los tres marchan en la dirección de donde venía Andi. “Las ovejas están completas, las cabras también”, dice Andi. “Podemos hacer un descanso y llevar a la pequeña a que conozca a nuestro amigo, el árbol.”

“Y, ¿qué pasa con el cuento que me prometiste?“, grita Olympia. “Tranquila, pequeña”, contesta Copito “una vez que nos hayamos acomodado debajo del árbol y tu estés tranquila y en silencio, la piedra, que vive donde el árbol, te contará un cuento; ya verás.” Tal y como había prometido Copito, los tres llegaron donde estaba el árbol. Copito y Andi ya se han acomodado. Olympia sigue investigando todo con mucha determinación antes de acurrucarse entre los dos perros grandes.

Ella está emocionada y un poco nerviosa y, de repente, la piedra empieza a contarle un cuento a la pequeña Olympia. Olympia se ha olvidado completamente de lo que le rodea, donde está. Acurrucada y protegida por los dos perros grandes, escucha atentamente al cuento de la piedra. Solo al final del cuento, se da cuenta de que les están rodeando pequeños seres brillantes y coloridos que también han estado escuchando el cuento. “¡Qué bellos sois!“, dice Olympia, “nuuuunca en mi vida he visto nada igual de bello. Sois tan coloridos y brillantes, pero casi transparentes.“ “Somos las hadas y los elfos“, resuena la respuesta desde muchas direcciones. En este momento, Olympia se da cuenta de cuantísimos de ellos hay a su alrededor y ¡qué sensación tan agradable! Todo está en paz. Olympia está animada de tantas impresiones y emociones.

¡Qué milagro! “Y aquí vives tú?“, le pregunta a Copito. “No, yo tengo muchas casas. Sabes, siempre donde estoy, es mi casa. Ahora estamos aquí, luego en otro sitio.“ “Ooooohhhh, entonces no puedo visitarte.“ “Por qué no?“, pregunta Copito. “Siempre que quieras.“ “Pero, ¿cómo te voy a encontrar, si no estás aquí siempre?” “Eso es mi sencillo. Tu piensa en mí y confía en que nos vayamos a encontrar y, así será.” “Ya es hora”, dice Andi, “tenemos que contar las ovejas y las cabras y ver, si todo está bien.” ”Si, tienes razón”, dice Copito. Los dos le dan las gracias a la piedra por su cuento tan bonito y también al árbol por el cobijo que les ha dado y parten. “Esperad, esperad,”, llama la pequeña Olympia, “me encantaría ir con vosotros.” “Pues, vámonos.“ La pequeña Olympia estaba muy impresionada de que Copito y Andi les dieran las gracias a la piedra y al árbol y hace lo mismo. Ella percibe que se trata de una comunidad muy especial aquí y está más que feliz de pertenecer a ella ahora.

Llegando a las ovejas, Olympia se deslumbra con tantas ovejas. “Son muchísimas“, dice gritando. “501 ovejas“, llega la respuesta desde la multitud. “¿Cómo lo sabes?“ “Pues, porque las contamos varias veces al día”, contesta Copito sacando la cabeza de la muchedumbre. “Ven aquí, pequeña Olympia”, llama Andi, ”te presento a las cabras.”

“Si, las cabras, quiero conocer las cabras, adoro las cabras.”
”¿Tú conoces cabras?“ “No,“ contesta Olympia, „pero de donde vengo, allí hay muchas cabras. Saltan a los árboles.“
“Si, hacen eso“, dice Andi. “Mira aquí, el equipo completo.”

En este momento aparecen Tara, Lucero, Bibi y Tina y traen también a Correo. “¿Olympia está aquí, con vosotros?“, preguntan. “Si,” dice Copito, ”Andi le está enseñando las cabras.“ “Pequeña Olympia, es hora para irse a la cama. Hemos venido a recogerte. Mira, hemos traído a Correo. Aún no lo conoces, él vive con Bibi y Tina.”, dice Lucero. “Pero las cabras”, responde Olympia, “si quería.....“ “Mañana será otro día”, dice Correo, ”y tendrás tiempo para muchas cosas más.” “Vale, pero no tengo pizca de sueño”, dice Olympia. “Ja, ja, ja”, se ríe Tara, “si tienes unos ojitos.” Nada más llegar a casa, Olympia cae en un profundo sueño. Nunca jamás en su vida ha sido tan feliz, tan alegre. Adora la vida en la Dehesa San Francisco y se siente llena de belleza. “Felices sueños”, susurran Tara y Lucero y se acuestan también.

CAPÍTULO TRES

Un nuevo día comienza con un sonido raro. Olympia se ha despertado con ese sonido extraño y ha salido escopetada al jardín para ver de dónde procede. Pero no es capaz de detectar de donde podría venir este sonido. Siempre hace clac, clac, clac. Olympia, nerviosa, va corriendo de un lado a otro, pero no hay nada. Lucero aparece, “buenos días, pequeña Olympia, ¿qué haces tan temprano fuera?” “He oído un sonido y quería ver, de dónde procede.” “Ven”, dice Lucero, “yo te lo enseño. Viene de allí, detrás de la colina aquella.” Los dos cogen rumbo de la colina, suben y Tara les sigue.

“¿Adónde vais?” “A ver las vacas.“, dice Lucero. “Olympia ha oído los cencerros y quería saber lo que es.“ “Voy con vosotros. ¿No conoces vacas, Olympia?“, pregunta Tara. “No. ¿qué es?“ “Es algo grande pero increíblemente simpático. Sabes, pequeña Olympia, las vacas tienen algo muy especial. Ya lo verás ahora.“ Cuando han llegado a la colina, las vacas estaban justo delante de ellos. “¡Dios mío! Son gigantes“, grita Olympia. “Ja, ja, ¡qué va!“, se ríe Lucero. “Son los toros y las que están al lado son las vacas y los pequeños son los terneros.” “Oh“, dice Olympia “pero todos son bastante grandes, ¿no?“ “Cuestión de costumbre.“, dice Tara.

De repente, una vaca se sale del grupo y se planta directamente delante de Olympia. Muy despacio y con mucho cuidado baja la cabeza para no asustar a Olympia. “Entonces, ¿tú eres la pequeña Olympia?“, dice la vaca. “Ssssssii“, balbucea Olympia que aún siente un gran respeto ante esos cuernos. “No tengas miedo, pequeña Olympia, lo que hay aquí es todo amor puro. Abre tus ojos y observa y mira la suerte que has tenido de estar con nosotros aquí.

Créeme, todos los que vivimos aquí en este pedazo de tierra bendita somos amor puro. Tú también y es una maravilla poder compartir aquí con todos esa belleza. Acuérdate siempre: mientras creas firmemente en el amor y confíes en ello, nada te puede pasar. Porque entonces estás contigo. Alégrate de cada uno con quien te encuentres aquí porque está emprendiendo el mismo camino que tú. Una cosa te quiero decir para siempre, pequeña Olympia: acuérdate siempre

TÚ ERES AMADA.“.

Aquí finaliza la historia de la pequeña Olympia, pero,
¿quién sabe? Igual, un día, vendrás al paraíso a hacerle una visita....
Eso, seguro, que le haría mucha ilusión.

IAMAGA